

El Llamado de Cristo
Un sermón basado en Efesios 5:14
Por Rev. J. van der Net

Lectura Bíblica: Efesios 5:1-21
Salterio 71:1, 4
255:1, 4
12:1, 2
222:1, 4, 5

Queridos amigos, la porción de la Palabra de Dios que nos viene esta mañana se encuentra en la Epístola del apóstol Pablo a los Efesios, el capítulo 5, y el versículo 14, donde leemos la Palabra de Dios así: “*Por lo cual dice: Despiértate, tú que duermes, y levántate de los muertos, y te alumbrará Cristo*”.

Este versículo habla acerca del

LLAMADO DE CRISTO

Y lo vamos a considerar con dos puntos principales:

- 1. Un llamado sincero y urgente; y**
- 2. Una promesa preciosa.**

PRIMER PENSAMIENTO

Nuestro texto hoy comienza con las palabras “*Por lo cual dice*”. ¿Quién es Él de que habla el apóstol Pablo aquí? Los comentaristas bíblicos concuerdan en que Pablo se refiere al Mismo Jesucristo. Es decir, son las palabras de Cristo que nos dicen: “*Despiértate, tú que duermes*”.

Estas palabras que cita el apóstol Pablo no se encuentran en los cuatro Evangelios. Sin embargo, Pablo afirma que Cristo dice estas palabras. No todas las palabras que dijo Cristo están en las Escrituras. Se supone, entonces, que estas palabras fueron palabras escuchadas en las congregaciones de la primera Iglesia Cristiana. Además, cuando consideramos la construcción poética de estas palabras en el idioma original, es posible que Pablo estuviera citando un himno que se cantaba en aquellos días.

Pablo comienza este versículo con la palabras “*Por lo cual*”. Al usar esta frase, Pablo señala su motivo de citar las palabras de Cristo. Pablo escribía a los efesios. La ciudad de Éfeso era conocida por su cultura. Los templos de la diosa pagana Diana fueron grandes, y allí se oía decir: “*¡Grande es Diana de los efesios!*” (Hechos 19:28). Ahí, en aquella ciudad culta, Pablo había fundado una iglesia cristiana durante su tercer viaje misionero. En el principio, esta congregación consistía de creyentes judíos; sin embargo hubo muchos gentiles de Éfeso que fueron convertidos y ya formaron

la gran parte de la congregación. La iglesia de Éfeso se había vuelto bastante mundana, pues los paganos que se habían unido con la congregación habían traído consigo muchas influencias y costumbres erróneas. Esta iglesia de Éfeso se había desviado de su primer amor, el amor a Dios. Casi no había una distinción entre el mundo y la iglesia. Es por eso que Pablo exhorta en el versículo 11 de nuestro capítulo: *“Y no participéis con las obras infructuosas de las tinieblas, sino más bien reprendedlas”*. Y, por lo tanto Pablo sigue con las palabras de amonestación: *“Despiértate, tú que duermes, Y levántate de los muertos”*.

Queridos amigos, deseo llamar la atención a las palabras *“los muertos”*. Estas palabras no se refieren a los que son muertos en cuanto al cuerpo. No, estas palabras no se refieren a uno cuyo corazón ya no late más. La Palabra de Dios habla de otra clase de “muertos”: los que están vivos según el cuerpo, pero muertos espiritualmente. En las Escrituras leemos acerca de los “muertos” que trabajan, que se casan, que se envejecen, y al final que mueren según el cuerpo. De hecho, la Palabra de Dios habla de aquellos que se trasladan de un “cementerio” a otro, pues leemos las palabras de Jesús: *“Deja que los muertos entierran a sus muertos; y tú ve, y anuncia el reino de Dios”* (Lucas 9:60).

La muerte a que se refiere aquí es la *muerte espiritual*. Esta muerte espiritual no comienza cuando morimos; al contrario, comienza con nuestra concepción y nuestro nacimiento. Por nuestra propia naturaleza todos somos muertos espiritualmente. Si es así, ¿qué significa estar “vivo”, entonces? Bueno, la vida natural no es más que una mera existencia. La “vida” verdadera significa estar vivo espiritualmente a través de una relación personal con Dios, Quien es la fuente de toda vida, sea natural o espiritual. La vida verdadera existe donde hay la comunión verdadera con Dios. Queridos amigos, todos nosotros hemos nacido en este mundo *sin* esa vida verdadera. Nuestra relación con Dios fue rota por Adán, nuestra cabeza del pacto de obras. Es por eso que cada uno nace sin la vida espiritual, y cortada de la raíz y la fuente de la vida espiritual.

Niños y jóvenes, permítanme tratar de ilustrar más claramente cómo es nuestro estado de muerte espiritual. Piensen en un jarrón lleno de flores hermosas. Ustedes miran a las flores y aún hablan de su belleza y su hermosa fragancia. Sin embargo, ustedes saben muy bien que esas flores no están vivas, pues han sido cortadas de la planta. Ya que son cortadas de la planta, el proceso de la descomposición ya ha comenzado, y muy pronto las flores se marchitarán y quedarán en nada. ¡Es una ilustración de nuestra vida! La vida natural que tenemos no es más que una breve *existencia*, y en sí no es la vida, sino una muerte gradual. Pensamos que tenemos vida porque tenemos oídos que oyen, tenemos ojos que ven, y tenemos manos y pies. Sin embargo, amigos, por la naturaleza nuestros ojos no ven nada de la grandeza y las grandes obras de Dios. Nuestros ojos no oyen la voz

de Dios por la naturaleza. Nuestras manos no se levantan a Dios, y nuestros pies no andan en los caminos del Señor. Por tanto las Escrituras nos dicen que somos *muertos*, y sin la vida verdadera.

Tal vez hay entre nosotros hoy algunas personas, especialmente entre los jóvenes, que están muy felices con esta vida, y piensan que pueden hacer lo que quieran en esta vida. Puede ser que haya jóvenes o adultos entre nosotros que pensamos que el culto es tan aburrido, y una vez que salgan de la iglesia ya podrán comenzar a “vivir” de nuevo. Oh queridos amigos, esto es una ilusión satánica. Satanás nos hace pensar que la vida sin Dios es la vida verdadera; pero la verdad es que la vida sin Dios es *la muerte*. La vida natural que supuestamente se disfruta no es un gozo verdadero. Más bien, es como las flores en el jarrón, que sin lugar a dudas dieron su fragancia hermosa por un tiempo, pero pronto se descompusieron y quedaron en nada.

¿Qué es lo que necesitamos, entonces? Es necesario que el Señor nos enseñe nuestro estado de muerte espiritual. Tal vez alguien me pregunta: “¿Cómo puede ser posible eso? Yo sé que estoy muerto en pecado, pero ¿cómo puedo pasar de la muerte a la vida?” Oh congregación, es cierto que esto sería algo *imposible* si no fuera por la muerte y la resurrección del Señor Jesús. Al entrar en la muerte misma, Cristo entró en el sepulcro, y así abrió las puertas de la muerte. A través de la resurrección, Cristo conquistó la muerte. Por eso Él dice: “*Yo soy la resurrección, y la vida; el que cree en mí, aunque esté muerto, vivirá*” (Juan 11:25).

Muchas veces la muerte espiritual se describe como una persona que duerme. Por lo tanto nuestro texto hoy dice: “*Despiértate, tú que duermes, Y levántate de los muertos*”. Sí, queridos amigos, ustedes y yo estamos durmiendo por nuestra naturaleza.

Todos sabemos que nuestro sueño natural es una bendición. Cuando dormimos, el cuerpo recupera sus fuerzas para que otra vez podamos hacer nuestra labor o nuestros estudios. Sin embargo, por más que el sueño natural sea algo necesario y hasta precioso, el sueño espiritual es algo terrible y temible. Permítanme explicar el significado de esto.

Alguien que duerme no sabe lo que pasa alrededor de él. Así fue con Jonás, que dormía mientras que la barca se encontraba en medio de una tormenta. Jonás estaba en mucho peligro, pero ni siquiera se daba cuenta de esto. Y así es con cada uno de nosotros por la naturaleza: dormimos con un sueño mortal, y no nos damos cuenta de que cualquier momento podemos morir y perder la comunión de Dios para siempre.

Con el sueño natural, a veces nos cuesta despertarse. A veces al amanecer, tenemos que esforzarnos para despertar y levantarnos. Sin embargo, no es así con el sueño espiritual; el hombre ni se esfuerza para despertarse, sino que sigue durmiendo.

Con el sueño natural, para algunas personas les cuesta dormir, y a veces es necesario tomar una pastilla que nos ayuda dormir. Ahora bien, en la Iglesia de hoy, en un sentido espiritual, hay muchas formas de “somníferos” que nos mantienen dormidos. Mencionaremos algunos de ellos.

En primer lugar, el *pensar* que estamos despiertos es lo que más nos mantiene dormidos espiritualmente. ¡Cuántos piensan que todo está bien, y así duermen el sueño de la muerte! En segundo lugar, el abuso de la doctrina de *nuestra incapacidad* es algo que mantiene dormidos a muchos más. “Bueno”, dicen aquellas personas, “yo no puedo salvarme, y no puedo despertarme sin la gracia de Dios, así que esperaré hasta que Dios me despierte”. Oh congregación, ¡cuántos no usan esta excusa para seguir durmiendo el sueño de la muerte! En tercer lugar, muchos se mantienen dormidos al beber abundantemente de *los placeres de este mundo*. Así que podemos ver que aun dentro de la iglesia hay muchas cosas que nos mantienen bien dormidos espiritualmente. Y la realidad es que no *queremos* ser despertados. Todos estamos de acuerdo de que es muy triste ver a una persona durmiendo durante el culto, ¿no es cierto? Sin embargo, amigos, por la naturaleza *todos nosotros* estamos durmiendo el sueño de la muerte, aun dentro de la iglesia. Dormimos espiritualmente mientras escuchamos las amenazas de la Ley y las invitaciones del Evangelio.

En la vida natural, a veces soñamos mientras que dormimos, ¿no es cierto? A veces soñamos con muchas cosas, y a veces soñamos con que nosotros somos los “héroes”. Eso también ocurre en la vida espiritual, aun dentro de la iglesia. Hay personas que sueñan con el cielo pero no piensan por un momento sobre el infierno. Hay otros que sueñan con su propia piedad y justicia. Pero estas personas son como un hambriento que sueña con una buena comida, pero cuando despierte, su estómago sigue vacío.

Alguien que duerme no demuestra ningún interés en las cosas que se le dicen a que se dicen acerca de él. De la misma manera, al hombre natural no le importa en absoluto cuando se le habla acerca de su estado perdido, o cuando se le predica acerca de la salvación inefable que hay en Cristo. Cuando dormimos un sueño natural, a veces un ruido nos hace mover un poco, pero nos volcamos en la cama y volvemos a dormir. Es así con el sueño espiritual. A veces algo que escuchamos en el culto logra penetrar nuestra consciencia un poco, pero después de despertar por un momento, seguimos durmiendo el sueño de la muerte. Aun bajo las severas amenazas de los juicios venideros el hombre no despierte. Más bien, estamos como si fuera por encima del mástil de una barca en una tormenta, noándonos cuenta de que cualquier momento vamos a caer y así morir para siempre.

Queridos amigos, ahora le hemos presentado al hombre en su estado natural. Niños y jóvenes, eso también es el estado en que se encuentran ustedes también por la naturaleza. Sin embargo, ahora

viene el *llamado despertador* del Salvador: “*Despiértate, tú que duermes*”. Oh, este llamado viene con mucha urgencia. También es un llamado muy personal. El Señor habla directamente a ti y a mí: “Despiértate”. Tal vez hay un hombre o mujer, o un joven o una muchacha, que me dice ahora: “Oh, déjame dormir. No me asustes, por favor. Tú puedes predicar acerca de la muerte espiritual y el sueño espiritual, y por más terrible que sea eso, no me despiertes, porque eso me hace sentir incómodo. No me hables del arrepentimiento, porque eso me hace preocuparme demasiado”. Sí, amigos, ¡hay voces dentro de nosotros que dicen tales cosas!

Sin embargo, congregación, les ruego tomar nota que es *el Señor* que le está llamando. Es el llamado a Cristo a ti mismo. Sea cual sea tu nombre, es a *ti* que dice Cristo: “*Despiértate, tú que duermes*”. Cristo se conmueve con compasión para con aquellos que duermen mientras el peligro está tan cerca. Es Cristo que nos dice ahora: “*Mirad a mí, y sed salvos*” (Is. 45:22).

Quizás alguien entre nosotros está diciendo ahora: “¡Qué ridículo decir esto a los *muertos*! ¡Qué locura hablar a alguien que está muerto! Tú puedes predicar acerca de los muertos y acerca de la muerte, pero no te puedes dirigir a los muertos mismos”. Bueno, querido amigo, piense en el profeta Ezequiel. Él tenía que hablar a los huesos secos y muertos, ¿no? El Señor le mandó que Ezequiel hablara a esos huesos sin vida. Y por el mismo motivo, con el mismo mandato del Señor, los siervos de Dios tienen que dirigirse a los que están muertos espirituales. Cuando el Señor le preguntó a Ezequiel: “*Hijo de hombre, ¿vivirán estos huesos?*”, no leemos que Ezequiel haya respondido, “Oh Señor, ¡eso es imposible!” En cambio, Ezequiel respondió; “*Señor Jehová, tú lo sabes*” (Ezeq. 37:3). Ezequiel encomienda todo en las manos del Señor. Y es lo mismo hoy, querida congregación. Cuando hoy la Palabra de Dios habla a los muertos, la predicamos porque el Señor nos ha mandado a predicarlo. Cuando se predica a los muertos, no es algo inútil, porque Cristo Mismo ha conquistado la muerte para hacer que los muertos se conviertan en vivos por el poder de Su resurrección. El Espíritu Santo obra ese poder de la resurrección de Cristo en el corazón por medio de la predicación del Evangelio. Por lo tanto, seguimos predicando a los muertos en pecado.

Pero, ¿acaso los que están muertos en pecado serán hechos vivos a través de la predicación de la Palabra? Sí, hasta el fin del mundo habrá personas que son despertadas por el poder del llamado de Dios. Tal vez tú digas: “¿Quién será que sea despertado dentro de nuestra iglesia?” Yo te respondería que es mejor preguntar: “¿Seré yo que sea despertado por el llamado de Dios?” Oh amigos, oren que *ustedes* sean despertados de la muerte espiritual por el poder de Dios.

¿Qué es lo que realmente sucede cuando, bajo la predicación de la Palabra de Dios, alguien que está muerto es despertado? Bueno, otra vez podemos mirar a la vida natural para un ejemplo. ¿Qué ocurre cuando se despierta a una persona que está durmiendo? Pues, la persona se levanta y se pone

a trabajar y hacer los quehaceres de la casa. Otra vez el caso es muy similar en la vida espiritual. Cuando un pecador se despierta y se da cuenta de su situación, se pone a “trabajar”. Leemos que el hijo pródigo “volvió en sí”. La persona se da cuenta de que vive sin Dios y sin esperanza en este mundo. Se da cuenta de que su pecado ha hecho una separación entre él y Dios. El pecador despertado ya se da cuenta de que no ha hecho más que pecar contra un Dios que es bueno. Entonces la vida de esta persona se llena de una tristeza según Dios, y ya no puede vivir sin Dios.

Cuando el pecador se despierte por la obra de Dios, también se da cuenta de que los hijos de Dios tienen una felicidad, pero también se dará cuenta de que él o ella *no tiene* esa misma felicidad. Oh, en aquellos tiempos la palabra de Dios se hace preciosa para el pecador, aunque lo condena. Sí, queridos amigos, después de despertarse, el pecador se arrodillará ante la justicia de Dios, y se dará cuenta de que necesita del Gran Fiador, Quien puede pagar su deuda. El pecador se considera a sí mismo como muerto, pero aun así buscará la vida fuera de sí mismo, en Aquel Quien dijo: “*Yo soy la resurrección y la vida*”.

Nuestro texto sigue con las palabras; “*Y levántate de los muertos*”. Cuando el llamado de Cristo es santificado a nuestro corazón, entonces no sólo nos despertamos, sino que también nos levantamos. Es así que vemos el *fruto* de la conversión verdadera. Donde no hay el “levantarse”, es decir, la vida que muestra los frutos de la conversión, entonces todavía la persona no se ha despertado de verdad. Puede ser que haya impresiones bajo la predicación, o también que la predicación hable a nuestra consciencia, pero eso sucede sin que el pecador “se levante”, como es mandado en nuestro texto. Sólo pensemos en Herodes, quien le escuchaba a Juan el Bautista “*de buena gana*” (Mr. 6:20). Sin embargo, no se había despertado de verdad, y por lo tanto tampoco se “levantó” de los muertos en la vida de Herodes. Leemos que el hijo pródigo, al “volver en sí”, dijo: “*Me levantaré e iré a mi padre*” (Lc. 15:18).

Los hijos de Dios aprenden que este “levantamiento” tiene que ocurrir una y otra vez en su vida. Tan pronto que el hijo de Dios se ha despertado, se siente envuelto en la muerte en cuanto a su propia naturaleza. Calvino dice así: “Aunque hayamos sido despertados por el llamado de Dios, el cristiano tiene que perseverar toda la vida, porque nunca será tan despierto de modo que no necesite que Dios lo levante una y otra vez”. Así es, congregación: el sueño es el fruto de la muerte espiritual, y los hijos de Dios tienen que luchar con eso aún después de haber recibido la gracia. Por lo tanto, es necesario pronunciar las palabras una y otra vez: “*Despiértate, tú que duermes, y levántate de los muertos*”. La queja de los hijos de Dios es igual que la del Salmista, con quien cantaremos del **Salterio 12, las estrofas 1 y 2**.

SEGUNDO PENSAMIENTO

En nuestro segundo pensamiento hablaremos de *la promesa preciosa*.

Leemos: “*Por lo cual dice: Despiértate, tú que duermes, Y levántate de los muertos, Y te alumbrará Cristo*”. ¿Quiere decir que primeramente nosotros tenemos que hacer algo, y luego Cristo nos alumbrará? ¡No! Menos mal que no sea así, porque si fuera así no habría esperanza para nosotros. Todo es la obra de Dios. Más bien, es precisamente cuando Cristo alumbra al pecador que el pecador se levanta de los muertos. Podemos hacer una comparación a algo en la naturaleza. Después de un invierno frío, todo aparece muerto. Sin embargo, cuando aparece la luz y el calor de sol, la vida se levanta como si fuera de la muerte, y vemos las plantas aparecer de nuevo. Y así es en la vida espiritual con la luz de Cristo Jesús. Zacarías, el padre de Juan el Bautista, cantó de eso en Lucas 1:78: “*Por la entrañable misericordia de nuestro Dios, con que nos visitó desde lo alto la aurora*”.

Oh, cuando el Sol de la Justicia comienza a brillar en tu vida, tú te despertarás. Es la voz de Cristo Mismo, Quien una y otra vez alumbra en la vida de Sus hijos. Cuando alumbra Cristo, entonces por Su luz Sus hijos reciben el conocimiento. Por la naturaleza somos ciegos y necios, pero Cristo trae consigo la luz del conocimiento, para que el pecador conozca a sí mismo, y para que conozca a Dios, y luego para que conozca a Cristo Mismo. Aquella luz divina no sólo trae conocimiento, sino que también trae consolación para los hijos de Dios. Cristo consuela al alma que busca su refugio en Él. Escuchemos cómo habló el apóstol Pedro de esta maravilla: “*A quien amáis sin haberle visto, en quien creyendo, aunque ahora no lo vedís, os alegráis con gozo inefable y glorioso*” (1ª de Pedro 1:8).

Es necesario despertarse para poder ver esa luz de Cristo. El pueblo de Dios tan fácilmente se duerme otra vez, igual que las cinco vírgenes prudentes, que juntas con las cinco vírgenes insensatas “*cabecearon todas y se durmieron*” (Mt. 25:4). Sin embargo, cuando los hijos de Dios pueden andar en la luz de Cristo, ¡qué bendición más preciosa! En la luz de Cristo, la muerte y el sepulcro pierden su aguijón (1 Co. 15:55). Entonces para el hijo de Dios es posible que cuando la luz de Cristo alumbra su corazón, ya no vea el día del juicio como antes, porque ve que Cristo ha llevado el castigo para Su pueblo. Entonces la cruz que lleva el hijo de Dios ya no parece tan pesada, y a veces él puede ver que la cruz que tiene que cargar es para su bien. Cuando podemos andar con esa luz divina, entonces a pesar de todas las aflicciones y las tristezas de esta vida, los hijos de Dios siguen adelante a Aquel país celestial donde el Sol brillará para siempre. Por eso, es una preciosa promesa: “*Y Cristo te alumbrará*”.

Bueno, queridos amigos, es tiempo de terminar este mensaje. Hemos comenzado con una ilustración de nuestro estado de muerte, y hemos escuchado que por la naturaleza nuestra vida no es la vida verdadera, sino una *existencia* nomás. ¿Cómo es el caso contigo, mi amigo joven o adulto?

Una vez leí acerca de un submarino que se había hundido hasta el profundo del mar. Los marineros adentro fueron tan necios, pues se consolaron así: “Sí, es cierto que yacemos en el profundo del mar en este submarino; sin embargo, tenemos comida y oxígeno suficiente para durar muchos días. Después de esto veremos qué pasa.” Congregación, cuando leemos algo así, nosotros diríamos: “¿Están fuera de sí? ¡Qué pensamientos más necios!” Sin embargo, amigos, nosotros sí racionalizamos así en cuanto a los asuntos espirituales. Pues, cualquier momento podemos hundirnos en la miseria eterna; no obstante.....postergamos y esperamos. Oh congregación, ¡piensen bien! Están dormidos por encima del mástil, envueltos por un mar tempestuoso. Cristo está delante de nosotros hoy mismo, en Su Palabra, llamándonos con estas palabras: “*Despiértate, tú que duermes, Y levántate de los muertos*”. ¡Qué cosa más horrible sería abrir nuestros ojos con el hombre rico en el infierno, fuera de la comunión de Dios! ¿Saben qué debemos hacer? Debemos doblar nuestras rodillas ante el Gran Rey, y pedirle que Él llegue a ser también para nosotros lo que Él nos ha dicho: “*Yo soy el camino, y la verdad, y la vida*”.

Jóvenes entre nosotros, ¿lo harían hoy mismo? Aunque no quieran que nadie más sepa, oren así a Dios hoy: “Señor, he escuchado hoy que el sueño en que estoy es el sueño de la muerte, y que por mi naturaleza no quiero despertarme de ese sueño. Oh Dios, ¡despiérteme!” El Señor ha prometido que si clamamos a Él, Él nos oirá.

Hijos de Dios entre nosotros: ¡cuán fácilmente nos dormimos otra vez, aun después de recibir la gracia! Nunca podemos perder la vida de la gracia, pero *sí* perdemos la felicidad que nos debe traer la vida espiritual. Cuando nos dormimos de nuevo, no perdemos la salvación, pero *sí* perdemos el gozo de ella en esta vida. Hijos de Dios, cuando nuestra condición es así, nuestras vidas son tan “secas” y no llevamos fruto. Sin embargo, Cristo dice a Su novia que se ha dormido: “*Despiértate, tú que duermes, Y levántate de los muertos*”. Oh, que otra vez podamos andar en Su luz, y así viajar hacia aquella Tierra celestial donde el Sol de la justicia nunca se pondrá, para podamos siempre echar nuestras coronas a Su trono (Apoc. 4:10). Por lo tanto, Cristo nos llama: “*Despiértate, tú que duermes, y levántate de los muertos, y Cristo te alumbrará*”. Amén.